

QUEBRANDO ESPEJISMOS DE IGUALDAD: EL CASO DEL CONSUMO FEMENINO DE TABACO

María Luisa Jiménez Rodrigo
Departamento de Sociología
Universidad de Sevilla
mljimenez@us.es

Resumen

El consumo de tabaco históricamente se configuró en España como un comportamiento ligado a la masculinidad tradicional, siendo una práctica mayoritariamente realizada por varones. Sin embargo, a partir de los años 60 y 70 –y, especialmente, con la democracia– las mujeres se incorporaron masivamente al consumo de tabaco, conformándose el cigarrillo en un símbolo de igualdad sexual y emancipación femenina. Actualmente, se observa en las generaciones jóvenes un acercamiento de las tasas de consumo de tabaco entre los sexos, llegando a ser superior en las mujeres entre la población adolescente. En esta comunicación, se examina cómo detrás de los indicadores de aparente convergencia o *igualación* entre los sexos se enmascaran procesos y nuevos resortes de desigualdad de género. Se ha empleado una estrategia de investigación cualitativa sustentada en entrevistas en profundidad y grupos de discusión a mujeres fumadoras y exfumadoras. Los resultados se organizan en tres planos en los que puede articularse el género como categoría analítica: a) plano estructural: organización social y división del trabajo, y acceso y control de los recursos; b) plano simbólico: modelos sociales de éxito, normatividad de género y estereotipos; y c) plano individual: identidades de género, expresión de los sentimientos y gestión del cuerpo.

PALABRAS CLAVE: Desigualdades de género, tabaco, sociología del género, investigación cualitativa, metodología feminista



1. Introducción

En la tradición investigadora feminista, el análisis de género se ha enfocado mayoritariamente hacia la búsqueda de las diferencias entre mujeres y hombres, para explicarlas en función de su construcción social y cultural y denunciar cómo estas diferencias eran resultado o podían derivar en relaciones de desigualdad. Y también para combatir el determinismo biológico presente de forma general en la ciencia, *descubriendo* la dimensión social de las diferencias y desigualdades entre los sexos (Tubert, 2003). En muchas definiciones clásicas del concepto género se parte del análisis las diferencias. Así, por ejemplo, en la de Joan Scott éste se planteaba como “un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen a los sexos”, siendo una “forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1990:44). De este modo, tradicionalmente se han configurado las diferencias entre los sexos como el punto de arranque de los análisis de género. Sin embargo, en esta ponencia deseo situar el énfasis o el punto de arranque de la crítica no tanto en las diferencias sino en las similitudes y convergencias –o mejor dicho, en las *similitudes y convergencias aparentes*– y cuestionarlas desde un enfoque crítico para examinar tras si los indicadores de igualdad o de convergencia entre los sexos operan mecanismos de desigualdad. Se trataría de analizar las semejanzas –del mismo modo que se ha venido haciendo con las diferencias– y cómo esas semejanzas también se han construido socialmente y si implican relaciones de desigualdad.

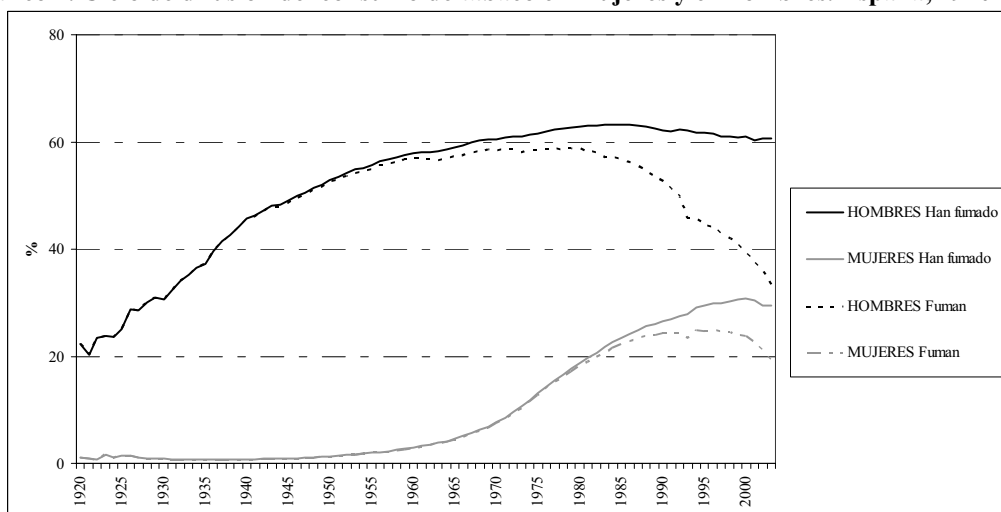
Esta tarea es necesaria e ineludible sobre todo en el contexto de las sociedades occidentales y democráticas actuales, donde se están alcanzado importantes logros en materia de igualdad de género; al mismo tiempo que se está institucionalizando la creencia –sobre todo entre las generaciones más jóvenes– de que “ya se ha conseguido la igualdad”. Pero la reducción o la anulación de las brechas de género no debe derivar en congratulaciones triunfalistas sino que sigue requiriendo, y si cabe con mayor necesidad, de la *sospecha feminista*¹. Pretendo, por tanto, poner en tela de juicio y bajo sospecha ciertos indicadores de convergencia, y sobre todo quebrar *espejismos de igualdad* que pueden encubrirse tras esas cifras e indicadores. Para ello, me centro en un caso concreto, el consumo femenino de tabaco, por dos motivos centrales. Primero, porque a partir de los años sesenta del pasado siglo se viene produciendo un proceso de reducción de las brechas de género en las prevalencias de consumo hasta su desaparición –e incluso inversión– en determinadas generaciones. Por lo que puede ser considerado un ejemplo típico de proceso de convergencia estadística entre los sexos. Y segundo, porque fumar cigarrillos ha sido una práctica profundamente condicionada por los esquemas normativos de género, tanto por los *tradicionales* que prohibían y sancionaban su consumo como por los *modernos* que lo promueven. La carga simbólica de género que comporta –recordemos que la adopción del consumo de cigarrillos por las mujeres ha sido históricamente interpretada y utilizada como un instrumento de liberación y de igualdad sexual– sitúa a esta práctica en un espacio de reflexión especialmente interesante sobre las paradojas de los procesos de convergencia conductual y los procesos de igualdad estructural.

¹ Una contribución esencial es el trabajo de Celia Amorós y su utilización de la hermenéutica de la sospecha como método de investigación y crítica feminista. Ella lo ha aplicado en el ámbito de la filosofía, buscando visibilizar las trampas de los discursos filosóficos como discursos patriarcales, al operar desde un concepto falso de universalidad (Amorós, 1991). En el ámbito de la sociología, también cabe aplicar un principio permanente de sospecha sobre la distribución de recursos y la apropiación del poder por parte de los varones (Cobo, sin fecha).

2. La convergencia estadística en el consumo de tabaco de mujeres y hombres

El consumo de tabaco en España ha sido históricamente un comportamiento prevalentemente masculino. En el gráfico 1, se representa el ciclo de adopción del consumo de cigarrillos a lo largo del siglo XX². Hasta mediados de la centuria fue una práctica mayoritariamente realizada por varones, siendo el número de mujeres que fumaban durante estas primeras décadas muy bajo, casi imperceptible. A partir de los años cuarenta y cincuenta, el porcentaje de fumadoras se incrementa de manera muy lenta. No será hasta la segunda mitad de los sesenta, y especialmente durante los setenta, cuando se produzca la incorporación masiva de las mujeres en el consumo de tabaco. A partir de entonces, el número de mujeres que fuman crece de forma acelerada, aunque parece que esta tendencia comienza a estabilizarse a partir de los noventa, especialmente a causa del incremento del número de exfumadoras.

Gráfico 1. Ciclo de difusión del consumo de tabaco en mujeres y en hombres. España, 1920-2003.

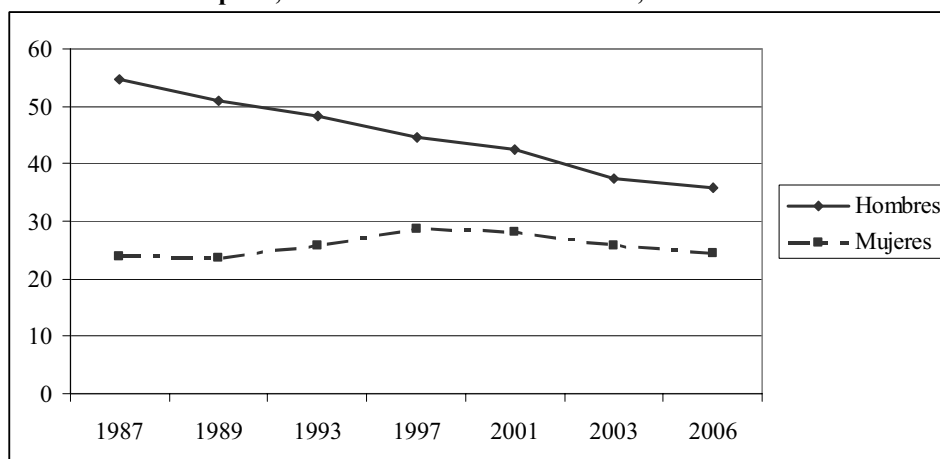


Fuente: Elaboración propia a partir de las Encuestas Nacionales de Salud (1987-2003).

Hasta finales del siglo XX, el consumo de tabaco entre las mujeres no ha dejado de aumentar en términos globales, aunque se observa una débil reducción del consumo. En la evolución reciente del consumo de tabaco a lo largo de la serie de las Encuestas Nacionales de Salud, se observa una drástica reducción de las brechas entre los sexos en el consumo de tabaco, como consecuencia del incremento de las mujeres fumadoras, pero también, y sobre todo, de la reducción de los hombres fumadores (ver gráfico 2).

² Este gráfico ha sido elaborado a partir de un análisis estadístico retrospectivo de las Encuestas Nacionales de Salud (1987-2003) que ha permitido estimar la prevalencia de consumo en cada año de calendario a partir del cálculo del año de inicio y del año de abandono de esta práctica a lo largo del período considerado.

Gráfico 2. Evolución de la prevalencia de consumo diario de tabaco según sexo. España, Encuestas Nacionales de Salud, 1987-2006.



Fuente: Elaboración propia a partir de las Encuestas Nacionales de Salud (1987-2006). Ministerio de Sanidad y Consumo.

Si a nivel general la brecha se ha reducido, entre las generaciones jóvenes no sólo ha desaparecido sino que se han invertido, fumando las mujeres en mayor medida que los varones de su edad (tabla 1). En estudios específicos sobre población adolescente, se confirma esta tendencia y son más las chicas las que fuman que los chicos (PNSD, 2006; Mendoza y López, 2007; Moreno et al, 2008).

Tabla 1. Consumo diario de tabaco según sexo. Porcentajes y brecha entre los sexos. España, 2006.

Grupo de edad	Hombres	Mujeres	Brecha entre los sexos
De 16 a 24 años	24,96	28,93	1,16
De 25 a 34 años	40,16	30,16	0,75
De 35 a 44 años	37,41	30,73	0,82
De 45 a 54 años	38,83	28,47	0,73
De 55 a 64 años	28,45	11,77	0,41
De 65 a 74 años	18,64	3,86	0,21
De 75 y mas años	8,93	1,37	0,15

Fuente: Elaboración propia a partir de la Encuesta Nacional de Salud, 2006.

Pero esta reducción de las brechas de género en el consumo de tabaco no ha ocurrido de forma espontánea sino que detrás intervienen decisivos cambios sociales, culturales, económicos y políticos que han condicionado la evolución tanto del consumo femenino de tabaco como del masculino³. A primera vista, esta convergencia estadística podría interpretarse como el resultado lógico o la manifestación práctica de procesos de igualdad social que han llevado a las mujeres a adoptar comportamientos *masculinos* en salud, como es el consumo de tabaco, pero también el consumo de alcohol y de otras drogas ilegales. Sin embargo –y ésta es la hipótesis de trabajo y que actúa como prisma

³ Estos procesos se investigan con detalle en la investigación doctoral leída en la Universidad de Granada en el 2007: “Mujeres v tabaco: la feminización de consumo de cigarrillos en España”.

de sospecha feminista– la convergencia estadística puede no corresponderse con una convergencia social y este acercamiento de las prevalencias puede estar motivado por factores diferenciales desde el punto de vista del género, operando factores estructurales desigualdad.

3. Metodología

Pero para desvelar esta sospecha, es preciso mirar detrás de los números y las cifras y acercarnos a las experiencias reales y cotidianas de las mujeres fumadoras. La metodología cualitativa se configura como una estrategia esencial del análisis de género y de la investigación feminista (DeVault, 1996) ya que permite ir más allá de *lo aparente* y explorar y profundizar en las experiencias particulares de las mujeres, tradicionalmente excluidas o ignoradas en la investigación (Ortiz, 2002). Se trataría de *buscar la voz* de las mujeres para que expresen sus propias percepciones, sentidos y definiciones de las situaciones en las que se desarrolla su vida diaria (Waller, 2005). Pero la investigación cualitativa no sólo permite comprender los significados de las vidas cotidianas de las personas en el contexto de su interacción social sino también analizar la influencia de las grandes estructuras sociales en las experiencias individuales, facilitando el abordaje de la complejidad de la dimensión del género, al abordar cómo las desigualdades estructurales –tanto a nivel económico, cultural, social y político– impactan y se materializan en las vidas de las mujeres.

El texto que aquí se presenta deriva de una investigación doctoral donde se empleó como estrategia central la metodología cualitativa sustentada en entrevistas en profundidad y grupos de discusión a mujeres fumadoras y exfumadoras⁴. El procedimiento de selección de las mujeres respondió a una estrategia intencional basada en criterios de heterogeneidad, tipicidad y disponibilidad en función de su relación con el consumo de tabaco y de la época en la que empezaron a fumar. Fueron entrevistadas 32 mujeres fumadoras y exfumadoras nacidas entre 1915 y 1988, con diferentes posiciones sociales (estudiantes, empleadas por cuenta propia y por cuenta ajena, desempleadas y jubiladas) y roles familiares (mujeres solteras sin cargas familiares, mujeres casadas y en pareja con y sin cargas familiares, viudas, entre otros). También se llevaron a cabo seis grupos de discusión con la finalidad de obtener el discurso social compartido en diferentes perfiles de mujeres (estudiantes adolescentes, universitarias, mujeres en desempleo, mujeres asalariadas y mujeres no asalariadas). Los datos obtenidos fueron analizados a partir del paradigma de la teoría fundamentada y desde un marco interpretativo de género. En este trabajo se muestra un resumen de los principales resultados.

⁴ La delimitación del ámbito de estudio a las mujeres responde a una estrategia de análisis y de construcción del objeto alrededor de las “experiencias de las mujeres” entendida como herramienta de resignificación. Este concepto se entronca con la «teoría del punto de vista feminista», que se fundamenta en la asunción de una teoría generizada de la actividad y la experiencia social (Harding, 1996). El punto de vista feminista se caracteriza por poner de manifiesto y tratar de combatir la ceguera de género de las teorías científicas como consecuencia de su fracaso al dar cuenta de las experiencias de las mujeres como *experiencias situadas* (Adán, 2006).

4. El consumo de tabaco como cuestión feminista: un modelo para armar

El consumo de tabaco ha sido habitualmente considerado como una práctica relacionada con la salud, siendo la visión biomédica la hegemónica a la hora de abordar esta cuestión como objeto científico⁵, lo que ha contribuido a infraestimar la dimensión social y cultural del consumo de tabaco⁶ y, consecuentemente, los factores de género involucrados en su difusión como acción socialmente significativa. Desde un punto de vista biomédico, el consumo de tabaco –reducido al problema del tabaquismo– se explicaría en términos de adicción y las diferencias entre los sexos en función de diferencias fisiológicas y farmacológicas. Pero el consumo de tabaco constituye una práctica fuertemente generizada, lo que se aprecia claramente en las variaciones culturales e históricas en las pautas de consumo de mujeres y de hombres. Además de constituir una cuestión relevante al género, se trata de una cuestión feminista. Bobbie Jacobson fue pionera en desvelar las desigualdades sociales y de género *ocultas* tras un comportamiento aparentemente liberador⁷, denunciando la escasa atención que desde instancias feministas se prestaba a este problema que provocaba enfermedad y muerte en un número cada vez mayor de mujeres.

Desde estas premisas, es preciso *reconstruir* analíticamente el consumo de tabaco en términos feministas. Tarea ardua y delicada, no sólo por la escasez de tradición sino también, y principalmente, por configurarse como un comportamiento complejo donde interactúan diversos elementos sociales, culturales, políticos, farmacológicos y a diferentes niveles macro, meso y microsocioal⁸. Para poner un poco de orden en este escenario, recorro al modelo teórico de Sandra Harding (1996), que permite *armar* en un esquema integrado las tres dimensiones centrales en las que opera el género como categoría analítica⁹. Estas dimensiones son la estructural, la simbólica y la individual, cuyos principales elementos se encuentran recogidos en el gráfico 3.

⁵ La hegemonía del paradigma biomédico ha conllevado la reducción del consumo de tabaco al problema del *tabaquismo*, entendida como una enfermedad crónica perteneciente al grupo de las adicciones, estando catalogada como tal en el Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales DSM-IV de la *American Psychiatric Association*.

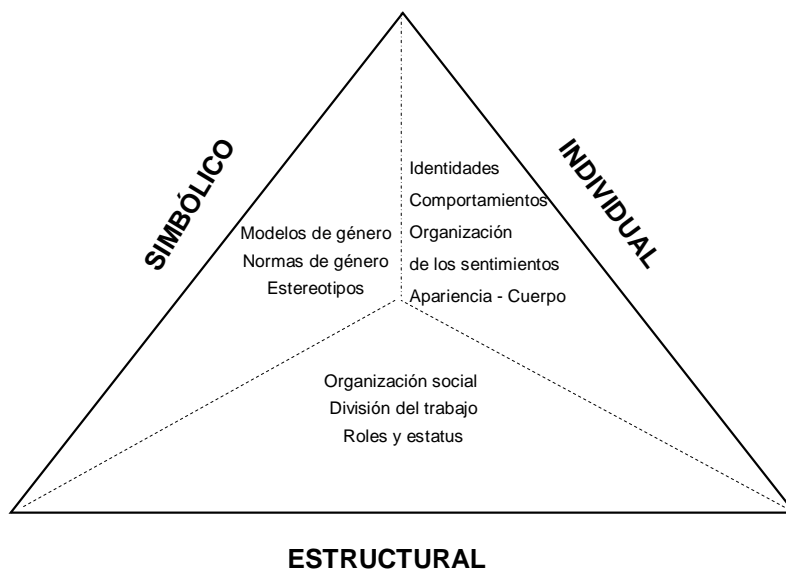
⁶ La escasez de trabajos sociológicos sobre el consumo de tabaco ha llevado a cuestionar si el consumo contemporáneo de tabaco puede conformarse como un objeto válido y legítimo de reflexión sociológica (ver, por ejemplo, Hughes, 2003).

⁷ Probablemente por su carga simbólica emancipadora, la entrada del consumo de cigarrillos en las agendas feministas sobre salud –sobre todo en las españolas– está siendo tardía y dificultosa.

⁸ No olvidemos fumar no es sólo una práctica social, sino que implica la ingestión de una droga con efectos farmacológicos y adictivos; pero también, constituye un producto comercial –probablemente el de más *éxito* en la historia del consumo de masas–, un comportamiento objeto de creciente regulación política y de control sanitario. Y todos estos aspectos no son ajenos al género.

⁹ El género como categoría analítica permite aprehender el estudio sobre cómo se construyen y se transforman históricamente las relaciones sociales, simbólicas y psíquicas entre mujeres y hombres así como la decodificación de su significado para comprender las complejas conexiones entre sus diversas formas de interacción social (Ortiz, 2006:39).

Gráfico 3. Dimensiones y elementos del género como categoría analítica.



Fuente: Elaboración propia a partir de Sandra Harding (1996).

El género a nivel estructural alude a la forma de organización social y a la división del trabajo entre los sexos y a las posiciones sociales que de éstas se derivan. Esta división sexual del trabajo se manifiesta fundamentalmente en la separación de las esferas productiva y reproductiva y en los fenómenos de la segregación vertical y horizontal en el terreno laboral. Estas divisiones están directamente relacionadas con la conformación social de roles a cada sexo, pero también con la disponibilidad y acceso a los recursos económicos y sociales.

La estratificación de género se refuerza y se retroalimenta a través de los esquemas simbólicos de cada cultura que diferencian a mujeres y a hombres (Stockard y Johnson, 1992), por lo que los niveles estructural y simbólico se encuentran estrechamente imbricados. El género a nivel simbólico se refiere a las características y atributos asociados a cada sexo, como formas ideales de ser humano, y que se aplica tanto a personas como a cosas y conceptos abstractos. A este nivel operan las construcciones sociales en torno a la feminidad y la masculinidad vigentes en diferentes momentos históricos y contextos sociales. Estas construcciones se sostienen y se manifiestan en estereotipos, marcadores y símbolos de género que funcionan como mecanismos de reforzamiento de las diferencias entre los sexos y acentuación del dualismo sexual. Estos modelos son dinámicos y cambiantes, articulándose dialécticamente modelos hegemónicos y modelos emergentes. Éstos últimos son determinantes para la adopción de nuevos comportamientos ya que como constructos con peso referencial e influencia normativa incorporan nuevos significados y valores, nuevas éticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones (del Valle *et al.*, 2002).

El género a nivel individual se relaciona con las identidades, expectativas, y conductas de ambos sexos y con la forma en la que mujeres y hombres se reconocen a sí mismos,

tanto a nivel corporal como emocional, e interactúan en su vida cotidiana. Las prácticas cotidianas no sólo reflejarían sistemas normativos de género sino que también estarán delimitadas por las condiciones sociales y materiales de los individuos; pero al mismo tiempo son objeto de resignificación por parte de los actores. En otras palabras, las mujeres y los hombres en sus prácticas diarias no sólo reflejan los sistemas de género sino que también estarían *construyendo* género (Poggio, 2006), al interpretar activamente las definiciones culturales de la feminidad y la masculinidad (Sabo, 2000). Estas distinciones entre lo femenino y lo masculino se imponen a nivel individual no sólo en los comportamientos, sino también en las prácticas corporales, en la apariencia física y en la gestión y manifestación de las emociones.

Estos tres niveles están estrechamente interconectados, por lo que “una teorización adecuada del género nos llevaría siempre a plantearnos cuestiones sobre las interacciones entre el simbolismo de género, el modo concreto de división social del trabajo o la actividad según el género y lo que constituye las identidades y deseos *generizados* de una cultura particular” (Harding, 1996:50). Por razones operativas y analíticas, se abordan secuencialmente estas tres dimensiones en el análisis del consumo de tabaco, pero siempre teniendo presente su alto grado de interconexión. En primer lugar, el género influye en el consumo de tabaco a nivel estructural, puesto que las desiguales posiciones y roles sociales de mujeres y hombres así como la desigual distribución de recursos condicionan las oportunidades de acceso y de consumo de tabaco; como también las oportunidades de poder dejar de fumar. Por otra parte, y a nivel normativo y simbólico, los modelos culturalmente hegemónicos de feminidad y de masculinidad influyen en la definición del consumo de cigarrillos como adecuado o no adecuado en función del sexo. Los patrones de éxito corporal y social asociados a cada sexo también marcan la funcionalidad y la significatividad del consumo de dicha sustancia para alcanzar las metas culturalmente deseables para cada sexo. A nivel individual, la práctica de fumar también responde a los significados subjetivamente atribuidos por los actores en el contexto de sus experiencias cotidianas socialmente situadas.

4.1 Género y consumo de tabaco: nivel estructural

La distribución de las posiciones sociales, roles de género y recursos entre mujeres y hombres ha determinado históricamente el consumo de tabaco de ambos sexos en lo que se refiere al acceso del producto pero también a las probabilidades de observabilidad y experimentabilidad de esta práctica. Porque en la difusión del consumo de tabaco, como en el de otras tantas prácticas sociales, se requiere de un proceso de aprendizaje y comunicación social (Rogers, 1995).

La división tradicional del trabajo, donde las mujeres eran asignadas a la esfera reproductiva y privada y los hombres a la productiva y pública, ha condicionado que éstos tuvieran más recursos económicos para acceder al tabaco y más oportunidades para participar en contextos de interacción social donde esta práctica se hallaba presente y estaba normalizada, como por ejemplo, en lugares de trabajo (campo, fábricas, oficinas) y de ocio (tabernas, bares o clubes). Durante la primera mitad del siglo XX, gran parte de las mujeres no estaban *situadas* en posiciones y espacios sociales favorables al consumo de tabaco y contaban con menor independencia económica y recursos monetarios para permitirse un producto en muchas ocasiones costoso, ni con el capital social para entrar en contacto con la innovación. Además de que, como

desarrollaré más adelante, normativamente no estaba “bien visto” que las mujeres fumaran. De hecho, las primeras mujeres que comenzaron a fumar fueron aquéllas que pertenecían a clases sociales privilegiadas y que participaban en entornos sociales públicos y a menudo cosmopolitas donde penetraban en primer lugar las modas extranjeras. Y en torno las cuales, las normas sociales se relajaban. El proceso emancipador de las mujeres iniciado en los años veinte e impulsado por la II República, marcó el inicio de importantes cambios en las posiciones sociales y roles de las mujeres, lo que coincidió con un leve incremento del consumo de tabaco entre éstas; si bien la resistencia moral era todavía prevalente y el consumo femenino de tabaco se percibía como socialmente perturbador. Estos cambios quedaron frustrados con la dictadura franquista reubicando a las mujeres a los espacios y roles tradicionales, encarnados en la figura del “ángel del hogar”. Pero a partir de los sesenta y los setenta, se iniciarían profundas transformaciones en los roles femeninos con la incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral y a la universidad, entrando también en espacios de ocio anteriormente acaparados por los hombres, y donde el cigarrillo era un comportamiento cada vez más común. También las mujeres comenzaron a tener mayor independencia y manejar más recursos para costearse esta práctica¹⁰. Y algo también decisivo, empezó a configurarse una masa crítica de mujeres fumadoras que estaba *normalizando* este comportamiento y que servía de referente social y práctico para su inicio y habituación. Desde entonces, ha ido en aumento la participación de las mujeres en las esferas laboral, educativa y de ocio, si bien todavía persisten importantes desigualdades. Lo que ha ido en paralelo al incremento del consumo femenino de tabaco.

Actualmente, las tendencias convergentes de la prevalencia de consumo de cigarrillos pueden interpretarse como una consecuencia lógica de estos procesos de igualdad. Pero la distribución social del trabajo y de los recursos impacta de forma desigual en el consumo de tabaco de mujeres y de hombres. Una cuestión que revela específicamente este fenómeno es la relación entre el consumo de tabaco y el estrés. Numerosos estudios han confirmado que las mujeres fuman con mayor frecuencia que los hombres en situaciones de estrés y nerviosismo, y que éstas hacen un mayor uso del cigarrillo para relajarse y reducir la ansiedad (Jacobson, 1982; Waldron, 1991; Aghi *et al.*, 2004). Pero es preciso entender el estrés no como una mera dolencia psíquica sino como un estado anímico socialmente situado y acentuado por circunstancias sociales precarias y discriminatorias. Pero, además de que hombres y mujeres no se encuentran expuestos a los mismos contextos estresantes, tampoco cuentan con los mismos recursos para afrontarlos. Así, el consumo de cigarrillos suele ser para las mujeres fumadoras el principal recurso –si no el único– para reducir su estrés cotidiano. Las situaciones potencialmente estresantes que condicionan el consumo de tabaco entre las mujeres son diversas y varían en función de la edad, la relación con la actividad y el tipo de ocupación y los roles familiares y de cuidado. Así, las chicas adolescentes y jóvenes entrevistadas afirmaban recurrir al consumo de tabaco para reducir el estrés derivado de las tensiones familiares y escolares para ser buenas hijas y mejores estudiantes y de las presiones sociales para ser las más populares y atractivas en la esfera de interacción social con sus pares. Pero sobre todo, el papel relajante del cigarrillo adquiere un mayor protagonismo entre mujeres adultas, cuando las desigualdades derivadas de la división sexual del trabajo adquieren mayor relevancia. La entrada en el mercado de trabajo supone para muchas jóvenes la habituación en el uso de cigarrillos al implicar un

¹⁰ A lo que contribuyó decisivamente la aparición de marcas nacionales más baratas que los rubios americanos o los cigarrillos franceses, accesibles sólo a una minoría.

incremento del nivel de estrés, muchas veces relacionado con situaciones laborales precarias, abusivas e inciertas. Para gran parte de las mujeres asalariadas, la incompatibilidad y la tensión entre los roles laborales y familiares y las expectativas personales constituyen también factores importantes en su consumo cotidiano de tabaco. Otros estudios también confirman que las madres asalariadas más estresadas con conflicto de roles son las que tienen mayor probabilidad de fumar, probabilidad que se incrementa si tienen escasos recursos económicos (Elkind, 1985; Oakley, 1989; Graham, 1994). En el caso de las mujeres en situación de desempleo o en dificultades económicas, el cigarrillo constituye un elemento imprescindible para sobrellevar y evadirse de sus preocupaciones. Y es que, a pesar del importante coste monetario –y, sobre todo, en economías familiares precarias–, tiene tal funcionalidad como válvula de escape que difícilmente pueden deshacerse de él.

El cigarrillo se configura como un instrumento relajante de cualidades únicas tanto por sus efectos como por su alta disponibilidad y accesibilidad. Además de sus efectos farmacológicos, es preciso destacar que fumar es una de las pocas estrategias para afrontar sus emociones negativas. Gran parte de las mujeres entrevistadas afirmaban no disponer de otros medios para calmar sus ansiedades cotidianas, como podría ser el deporte, ir al gimnasio algún tipo de afición, terapia... o simplemente salir con las amigas. Lo que se deriva tanto de su coste económico como de la falta de tiempo. La importancia del cigarrillo para las mujeres radica en que no disponen de tanto recursos como los hombres para *controlar* sus emociones¹¹. Así, éstos tradicionalmente han dispuesto de diversos canales aceptados socialmente para expresar sus sentimientos y canalizar sus frustraciones, como puede ser el deporte, la vida social, la agresividad o la sexualidad (Greaves, 1996).

Desmontar los *espejismos de igualdad* tras el consumo de tabaco también conlleva analizar no sólo porqué las mujeres fuman sino también porqué no dejan de fumar en la misma medida que los hombres, ya que gran parte de la reducción de la brecha entre los sexos en el consumo de tabaco se debe a la notable caída de la prevalencia masculina¹². Lo que implica planteamientos acerca de la desigualdad de oportunidades para dejar de fumar¹³ y para afrontar los costes de su sustitución. Y, sobre todo, teniendo en cuenta la relación cada vez sólida entre consumo de tabaco, género y desventaja social y económica. Las mujeres con menores ingresos económicos, como puede ser el caso de madres jóvenes y solteras, desempleadas o que desempeñan trabajos manuales y temporales, muestran las tasas más altas de consumo de cigarrillos (Graham, 1994). En definitiva, el que las mujeres fumen casi tanto –o más, entre los grupos más jóvenes– no puede ser interpretado como un indicador de igualdad, sino de todo lo contrario.

¹¹ Pero también es importante apuntar cómo el estereotipo médico de la mujer como emocionalmente inestable y propensa a la adicción ha fortalecido la imagen de la fumadora estresada y neurótica. Imagen de la que se ha aprovechado la industria tabaquera para vender su producto como instrumento de relax y que está presente de forma continua en películas y series televisivas.

¹² Aspectos importantes para explicar la destabaquización masculina se encuentran en los sesgos androcéntricos de las políticas públicas sobre tabaquismo y las transformaciones en los modelos emergentes de masculinidad.

¹³ Porque dejar de fumar no es sólo una cuestión de voluntad, ya que las probabilidades de éxito varían en función de los recursos y la accesibilidad a la información y en sobre todo en función de las barreras y apoyos sociales que dificultan o facilitan esta tarea.

4.2 Género y consumo de tabaco: nivel simbólico

Además de los factores estructurales, el consumo de tabaco ha estado fuertemente condicionado por las normas de género y los modelos de feminidad y masculinidad cambiantes históricamente que han ido definiendo los comportamientos adecuados o inadecuados para cada sexo. En las sociedades occidentales, el consumo de tabaco ha sido un comportamiento culturalmente codificado como masculino, operando como un símbolo de acceso y manifestación de la masculinidad adulta. Sin embargo, a lo largo del siglo XX, el uso de cigarrillos ha sufrido una radical transmutación en sus significados de género ya que de ser algo inaceptable para las mujeres ha pasado a ser compatible con los parámetros de la feminidad. Estos cambios en las representaciones sociales del consumo de cigarrillos están interrelacionados con los cambios en las posiciones sociales de las mujeres y con la emergencia de nuevos modelos sociales femeninos.

Hasta mediados del siglo XX, muy pocas mujeres se *atreían* a fumar ya que el uso femenino de cigarrillos estaba asociado con la decadencia moral y la promiscuidad sexual y quienes fumaban se exponían a la crítica y al etiquetaje social. Las pocas que fumaban solían ser actrices, prostitutas o lesbianas; y en general, mujeres que exhibían una *feminidad desviada* (Tinkler, 2006). La presión social contra el consumo de tabaco por las mujeres ha estado unida, como en muchas otras prohibiciones para las mujeres, a las restricciones sobre el comportamiento sexual femenino (Waldron, 1991). El que una mujer fumara suponía una grave infracción a las normas sociales sobre cómo debe ser y comportarse una “mujer decente”. Aparte de este grupo de mujeres de “mala reputación”, desde finales del siglo XIX y sobre todo a partir de las primeras décadas del siglo XX, un reducido número de mujeres urbanas y de clase alta comenzaron a desafiar las convenciones sociales, tratando de equipararse a los hombres. Para reivindicar esta igualdad asumieron ciertos comportamientos masculinos, como hacer deporte, vestir pantalones o llevar el pelo corto y, también, fumar cigarrillos. Frente al modelo tradicional de mujer, comenzaron a irrumpir en las primeras décadas del siglo XX modelos emergentes de feminidad, que como ya se ha señalado anteriormente, que pronto fueron truncados por el tradicionalismo forzoso impuesto por la dictadura franquista, imponiéndose como roles de género preferentes los relacionados con el “ángel del hogar”, y donde estaba excluido el consumo de cigarrillos, así como cualquier otro comportamiento considerado como indecente o escandaloso. No obstante, ciertos elementos modernizadores externos junto a la relativa apertura del régimen a mediados de los cincuenta, facilitarían la reconfiguración del cigarrillo rubio como símbolo de modernidad importada y de nuevos valores femeninos, asociándose a la figura de la mujer moderna, liberal e independiente. No será hasta la segunda mitad de los sesenta, y sobre todo, con los setenta, cuando este modelo termine de cuajar al hilo de los cambios sociales, políticos y económicos y de género que derivaron de la transición a la democracia. Dentro del proceso de irrupción de nuevas feminidades y de cambio democrático, fumar se consolidó como una potente marca social de igualdad y emancipación sexual, siendo utilizado deliberadamente desde esferas feministas como signo liberador. El cigarrillo estaba siendo definitivamente expropiado de la esfera masculina y patriarcal.

En este proceso de *resignificación* del consumo femenino de tabaco no se puede ignorar el impacto de las estrategias comerciales y publicitarias de las industrias tabaqueras por *feminizar* el cigarrillo rubio. Así, el caso español durante la transición a la democracia

constituye un caso paradigmático de cómo las empresas tabaqueras aprovecharon los ecos de la igualdad para *vender* su producto a las mujeres; porque no solo vendían nicotina, vendían libertad, modernidad, elegancia, distinción, seducción, sensualidad... (Amos y Haglund, 2000). Y consiguieron hacer compatible fumar cigarrillos con los modelos de éxito femeninos. En este punto, es preciso considerar que los modelos de éxito social no son los mismos para hombres y mujeres; y en relación a éstos, el consumo de cigarrillos adquiere diferentes significados para los sexos. Para las mujeres, estos modelos se fundamentan primariamente en la belleza y, sobre todo, en la delgadez (a pesar, y por encima, de todos los logros educativos y laborales); mientras que para los hombres se basan en el estatus y en el triunfo económico y laboral. Frente a las presiones estéticas y corporales, el cigarrillo aparece como un importante instrumento para alcanzar esos ideales femeninos al *funcionar* como eficaz herramienta de manipulación de la imagen social y de modelación de la forma corporal. En el primer sentido, el consumo de tabaco opera como un importante proyector simbólico de valores relacionados con la belleza y el atractivo sexual. Esta función debemos insertarla dentro de los esquemas corporales que acompañan la práctica de fumar porque hay formas *masculinas* de fumar y formas *femeninas*. Una mujer puede manipular los gestos de su consumo de cigarrillos para expresar sensualidad, elegancia, rebeldía, modernidad, erotismo... Pero, además de modificar la apariencia, fumar cigarrillos también puede modificar la forma del cuerpo al ser utilizado como inhibidor del apetito y así alcanzar o mantener un cuerpo delgado. En suma, los símbolos que rodean al consumo femenino de cigarrillos tienen un carácter específico en función de los modelos de feminidad y los patrones socialmente dominantes de éxito social y corporal.

Como apunte final a este epígrafe, quisiera señalar que actualmente el consumo de tabaco se está reconfigurando simbólicamente como consecuencia de los procesos de estigmatización de las personas fumadoras; procesos sostenidos y legitimados por la creciente regulación legal y la medicalización de este comportamiento. Lo que está provocando la conversión de quienes fuman en individuos desviados, enfermos y adictos. Este proceso de estigmatización afecta de manera desigual a las mujeres, porque en numerosos contextos son más las mujeres que las fuman y, especialmente, porque el estigma asociado al cigarrillo –basado en la irracionalidad, la suciedad, el descontrol y el fracaso– entran en contradicción profunda con los parámetros de la feminidad. Las mutaciones contemporáneas de la representación social de la mujer fumadora se relaciona y refuerza con los estereotipos de *mujer neurótica*, que no controla sus sentimientos ni sus comportamientos, y de *mala madre* que no cuida ni protege a sus criaturas.

4.3 Género y consumo de tabaco: nivel individual

Hasta ahora se han presentado aspectos relacionados con un nivel macro de la influencia del género en el consumo de tabaco, tanto a nivel estructural como a nivel cultural y simbólico. En este epígrafe, el foco de atención se centra en un nivel micro, atendiendo a cómo las mujeres en sus vidas cotidianas actúan y dotan de sentido a su consumo de tabaco. A continuación, se sintetizan los principales sentidos del uso femenino de cigarrillos que pueden organizarse en los siguientes: emocionales, corporales, sociales y los relacionados con el poder. Estos sentidos se encuentran imbricados con los niveles estructural y simbólico y adquieren diferentes matices y relevancia en función de la clase social, la relación con el mercado de trabajo, la etnia o la edad de las mujeres fumadoras.

En primer lugar, los sentidos emocionales ligados con mayor fuerza al consumo femenino de cigarrillos son los relacionados con el estrés y la ansiedad. En general, fumar constituye una de las pocas válvulas de escape de las que disponen las mujeres para afrontar el estrés y es concebido como un relajante de cualidades únicas tanto por sus efectos como por su disponibilidad y accesibilidad. El consumo femenino de cigarrillos puede interpretarse como un «barómetro de la ansiedad» (Jacobson, 1982), incrementándose su intensidad en períodos de crisis o tensión, y constituye una estrategia propiamente femenina para calmar los nervios, configurándose como el “tranquilizante femenino contemporáneo” (ibid.).

Por otro lado, fumar para controlar el peso se ha configurado como uno de los sentidos del consumo de tabaco más relevantes para las mujeres, especialmente para las más jóvenes. La relación entre consumo de tabaco y delgadez es tan fuerte que muchas chicas adolescentes dicen comenzar a fumar para adelgazar. Pero para la mayoría de fumadoras habituales el cigarrillo las ayuda a mantenerse delgadas y muchas de ellas no dejan de fumar por miedo a ganar peso. Pero la relación entre tabaco, alimentación y cuerpo puede tornarse más compleja al incorporarse factores como la ansiedad y la presión de los modelos estéticos. En este sentido, el consumo de tabaco aparece como el *instrumento ideal* para controlar al mismo tiempo el peso corporal y el estrés sin los efectos no deseables que supondría, por ejemplo, la opción de comer para calmar la ansiedad.

El consumo de cigarrillos también envuelve importantes sentidos vinculados a la definición y exhibición de la imagen social, principalmente, los relacionados con la construcción y expresión de la madurez, la feminidad y la distinción social. Sentidos que adquieren gran significatividad en las primeras fases de consumo de tabaco. Así, las muchachas adolescentes comienzan a fumar atraídas por los valores añadidos sobre su imagen para parecer mayores, más interesantes, más populares, más *sexis*... El consumo de cigarrillos presenta una importante dimensión social y colectiva ya que se encuentra integrado en las vidas cotidianas de las mujeres, estando presente en distintos contextos, pero principalmente, en los estudiantiles, laborales y de ocio. La ritualización y estructuración de su uso dentro de las rutinas cotidianas femeninas constituye un factor de riesgo fundamental para el inicio y habituación de las mujeres en el consumo de tabaco. Además, éste desempeña valiosas funciones sociales como instrumento facilitador de las relaciones sociales, al incrementar la seguridad en sí mismas y las oportunidades de relación social e integración grupal.

Otro sentido relevante tiene que ver con la atracción sexual y la seducción, si bien éste es más importante durante la adolescencia y la juventud. Fumar es una manera de establecer contacto con el sexo opuesto y mostrar una determinada imagen que se considera “atractiva” de cara a los varones. El cigarrillo es un instrumento de exhibición de la sexualidad femenina, lo cual encaja en los parámetros culturales que enfatizan el valor del éxito sentimental-sexual como elemento central del éxito femenino.

A pesar de la influencia de los modelos estéticos, sociales y emocionales de la feminidad sobre las prácticas de las mujeres fumadoras, éstas no pueden considerarse sólo como sujetos pasivos o víctimas de las estructuras de dominación patriarcal, sino también como agentes creativos y transformadores de sus propias experiencias y existencias. Las mujeres utilizan el consumo de cigarrillos para aumentar el control

sobre sus vidas a diversos niveles –emocional, corporal, social y simbólico– y también como instrumento manifestación de poder y resistencia ante situaciones que se perciben injustas. Respecto a esta cuestión, cabe destacar cómo ciertas mujeres en un contexto de creciente “prohibición” del consumo de tabaco, lo utilizan para reivindicar espacios, identidades y, sobre todo, expresar su libertad y autonomía frente a las presiones externas –sociales, políticas y sanitarias– contra quienes fuman. A nivel de interacción social, se observa con especial intensidad en contextos laborales y en las dinámicas familiares y de pareja, donde cada vez son más las mujeres las que fuman frente a una mayoría de hombres no fumadores, debiendo negociar o reclamar sus “derechos”.

5. Conclusiones

Poner la *igualdad* –o al menos, ciertos indicadores de igualdad– bajo sospecha constituye un ejercicio necesario e ineludible de la crítica feminista para visibilizar los nuevos ropajes que puede vestir la desigualdad en la *época de la igualdad* y en el contexto de las democracias avanzadas. En el caso analizado en esta ponencia, los indicadores sobre consumo de tabaco reflejan cómo una convergencia estadística puede no ser acompañada de una convergencia social real; porque, a pesar de las que prevalencias de consumo se aproximen y se anulen o inviertan en determinados grupos de edad, mujeres y hombres fuman de forma diferente y desigual. Diferente, porque entre los sexos varían las pautas, contextos y motivaciones de consumo. Y desigual, porque para explicar la *tabaquización* contemporánea femenina, debemos analizar los mecanismos y resortes de desigualdad que operan a nivel social, económico, cultural y político. Las mujeres se sienten más presionadas por modelos estéticos y sociales de éxito, centrados fundamentalmente en la delgadez y la sexualización del cuerpo. Modelos que son fomentados por las industrias tabaqueras que han situado a las mujeres en el núcleo de sus estrategias comerciales. Además, la desequilibrada división del trabajo, la sobrecarga de roles, la desigual distribución del capital social, cultural y económico contribuyen a que las mujeres fumadoras afronten su estrés cotidiano mediante el cigarrillo frente a la falta de disponibilidad de otro tipo de recursos. También, los recientes procesos de *estigmatización* del consumo de tabaco pueden afectar en mayor medida a las fumadoras, no sólo por una cuestión numérica sino porque este *estigma* no tiene el mismo peso en las concepciones culturales de la masculinidad y la feminidad. Lo cual no deja de plantear dudas acerca de porqué cuando ciertos hechos o prácticas se feminizan suelen caer en procesos de devaluación.

En suma, el consumo de tabaco no puede entenderse como una señal de igualdad, sino todo lo contrario: es uno de los más importantes indicadores contemporáneos de desigualdad social y de género. De hecho, esta práctica está cada vez más correlacionada con la desventaja económica y el aislamiento social. Fuman quienes menos tienen y son quienes menos tienen los que sufren más dificultades y obstáculos para dejar de fumar. Y son precisamente las mujeres –y entre éstas, las de menor estatus socioeconómico y las que se encuentran en situaciones laborales y familiares más precarias– las que fuman en mayor medida. Pero el consumo de tabaco no es una práctica inocua sino que es una práctica letal –siendo como la primera causa de muerte evitable en los países occidentales– por lo que es ineludible y urgente desde el feminismo contribuir a quebrar los espejismos de igualdad, disipar los humos de libertad y emancipación asociados al cigarrillo y desvelar sus implicaciones en las desigualdades de género en salud.

Bibliografía

- ADÁN, Carme. 2006. *Feminismo y conocimiento. De la experiencia de las mujeres al ciborg*. Spiralia Ensayo. La Coruña.
- AGHI, Mira, ASMA, Samira, YEONG, Chng Chee & VAITHINATHAN, Rose. 2001. "Initiation and Maintenance of Tobacco Use". En: SAMET, Jonathan & YOON, Soon-Young (eds.) *Women and the Tobacco Epidemic. Challenges for Epidemic-Challenges for the 21st Century*. Geneva: World Health Organization. p. 48-68.
- AMORÓS, Celia. 1991. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Madrid: Anthropos.
- COBO, Rosa. Sin fecha. *Sociología crítica y teoría feminista*. Recurso web: http://www.ugr.es/~gemma/files/Rosa_Cobo.pdf
- AMOS, Amanda & HAGLUND, Margaretha. 2000. "From Social Taboo to "Torch of Freedom": the Marketing of Cigarettes to Women". *Tobacco Control* 9:3-8.
- Del VALLE, Teresa, APAOLAZA, José Miguel, ARBE, Francisca, CUCÓ, Josepa, DÍEZ, Carmen, ESTEBAN, Mari Luz, ETXEBERRIA, Feli & MAQUEIRA, Virginia. 2002. *Modelos emergentes en los sistemas y relaciones de género*. Madrid: Narcea.
- DeVAULT, Marjorie. 1996. "Talking Back to Sociology: Distinctive Contributions of Feminist Methodology". *Annual Review of Sociology* 22:29-50.
- ELKIND, Andrea. 1985. "The Social Definition of Women's Smoking Behaviour". *Social Science & Medicine* 20(12):1269-78.
- GRAHAM, Hilary. 1994. "Gender and Class as Dimensions of Smoking Behavior in Britain: Insights from a Survey of Mothers". *Social Science & Medicine* 38(5):691-98.
- GREAVES, Lorraine. 1996. *Smoke Screen: Women's Smoking and Social Control*. Fernwood Publishing. Halifax.
- HARDING, Sandra. 1996. *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata.
- HUGHES, Jason. 2003. *Learning to Smoke. Tobacco Use in the West*. Chicago: Chicago University Press.
- JACOBSON, Bobbie. 1982. *The Ladykillers: Why Smoking Is a Feminist Issue*. London: Pluto Press.
- MORENO, C.; MUÑOZ-TINOCO, V.; PÉREZ, P. et al. 2008. *Desarrollo adolescente y salud. Resultados del Estudio HBSC-2006 con chicos y chicas españoles de 11 a 17 años*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo.
- OAKLEY, Ann. 1989. "Smoking in Pregnancy: Smokescreen or Risk Factor? Toward a Materialist Analysis". *Sociology of Health & Illness* 11(311):335.
- ORTIZ GÓMEZ, Teresa. 2002. "El papel del género en la construcción histórica del conocimiento científico sobre la mujer". En: RAMOS, Elvira (ed.) *La salud de las mujeres: hacia la igualdad de género en salud*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer. p.29-49.
- ORTIZ GÓMEZ, Teresa. 2006. *Medicina, historia y género. 130 años de investigación feminista*. Oviedo: KRK.

PLAN NACIONAL SOBRE DROGAS. 2006. *Encuesta sobre drogas a la población escolar, 2006*. Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas.

POGGIO, Barbara. 2006. "Outline of a Theory of Gender Practices". *Gender, Work & Organization* 13(3):225-33.

ROGERS, Everett. 1995. *Diffusion of Innovations*. 4ª Edición. New York: Free Press.

SABO, Don. 2000. *Comprender la salud de los hombres. Un enfoque relacional y sensible al género*. Organización Panamericana de la Salud / Harvard Center for Population and Development Studies.

SCOTT, Joan. 1990. "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En: James AMELANG, James, & NASH, Mary (eds.). *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim. Institució Valenciana d'Estudis i Investigació. p. 23-56.

STOCKARD, Jean & JOHNSON, Miriam. 2007. *Sex and Gender in Society*. New Jersey: Prentice Hall.

TINKLER, Penny. 2006. *Smoke Signals: Women, Smoking and Visual Culture in Britain*. Manchester: Berg Publishers.

TUBERT, Silvia. 2003. "La crisis del concepto género". En: TUBERT, Silvia (ed.) *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra. Feminismos. p.7-38.

WALDRON, Ingrid. 1991. "Patterns and Causes of Gender Differences in Smoking". *Social Science & Medicine* 32(9):989-1005.

WALLER, Alisha. *Work in Progress - Feminist Research Methodologies: Why, What and How?* 35th ASEE/IEEE Frontiers in Education Conference. 2005. [ref. de 10 de febrero de 2006]. Disponible en Web:
<http://ieeexplore.ieee.org/iel5/10731/33854/01612158.pdf?arnumber=1612158>

